

## *Los miedos*



*A Daniel Díaz Ochoa, quien me pidió  
que escribiese «una novela de chicos»*



## Advertencia

Entre los papeles, montones de ellos, que dejó Pedro Pablo del Valdouro, trágicamente desaparecido a los treinta y dos años de edad —se suicidó el mismo día que los cumplía— fue hallado el manuscrito, bastante confuso por cierto, del presente relato.

Ya sé que esto de encontrar y publicar los papeles de un *muerto* es recurso literario asaz subalterno y manido. Pero como yo no soy literato profesional y, además, como en este caso es verdad y tiene mucho que ver con lo que me propongo decir en la presente advertencia, no me queda más remedio que consignarlo aquí, ya en su comienzo.

Los amigos del fehaciente muerto —yo no lo conocí pero me consta su defunción— me entregaron, junto con otros, el tal manuscrito para que viese de ponerlo en condiciones de ser dado a la estampa.

Mi tarea se redujo, pues, a restaurar o a adivinar totalmente lo que habría debajo de algunas tachaduras que no fueron sustituidas por las correspondientes enmiendas; también tuve que decidirme entre las varias soluciones que el escritor se proponía para rematar una frase; y, asimismo, me vi obligado a elegir entre los adjetivos (a veces, hasta media docena) que amontonaba para aclarar u oscurecer, un nombre, una cosa, un tipo o una situación.

Solía disponerlos de este modo extravagante y sistemático:

ensañado

«Aquel atardecer...      suntuoso (va, suntuoso)

deprimente

(Termina la frase con sílaba en *al*. Puede ser: aquel atardecer suntuoso y fatal (?)).

Pongo este ejemplo para que vean cómo se las gastaba el talentoso extinto.

Sin que yo trate de justificarlo, pues formulo aquí una descripción y no una opinión, se advierte que el autor de estos trabajos era demasiado propenso al escrúpulo estilístico, con marcada inclinación —según parece, de naturaleza— a la acumulación barroquizante.

También se nota —a pesar de que no me fue posible orientarme en la cronología de sus escritos— que luchaba contra esta cargante manía de *perfección* —en el fondo, era un «modernista»— castigando su prosa, en los que semejan ser los últimos, con tan despiadado rigor que venía a configurar una nueva manía.

De todas formas, el presente es no solo el más exento de cargazón y prolijidad sino que tal vez peque por exceso de llaneza o de calculado descuido, como otro artificio más, aunque funcionando al revés.

Lo que no acaba de resultarme claro es la razón, o razones, que habrán movido a sus amigos para encargarme de este menester tan fastidioso además de mal retribuido, como todo lo que encargan los ricos cuando cae fuera de lo que entienden —¡y entienden de tan pocas cosas!—. Aunque quién sabe —y perdónese me esta digresión en honor a su brevedad ya que no a su agudeza—, si el dinero de los ricos y más el de los enriquecidos no se origina en esta indudable virtud de entender de muy pocas cosas...

Olvidaba decir que estos amigos del malogrado escritor son todos unos millonarios tremendos. Y si se ha producido la rareza de que me conozcan es porque soy profesor, *in partibus*<sup>1</sup>, de algunos de sus hijos, quienes por ser bastante distraídos a causa del dinero, cuando no tontos de nativa raíz, necesitan clases de repaso de lo poco que les enseñan en las universidades o de lo casi nada que *pescan* en los libros.

Estos ricos también —y permítaseme añadir—, y aún más si pertenecen a la neoclase industrial, creen, supongo que por su tendencia a las nivelaciones y valoraciones tecnológicas, que si un señor posee título para enseñar Letras es porque las sabe. Y no solo que las sabe para impartirlas didácticamente, sino para producirlas personalmente. A tanto equivaldría que supusiesen a los contables de sus empresas capaces de producir dinero con la simple maestría de su ciencia numeral. En fin, allá ellos.

No obstante debo declarar aquí —sin caer, como alguien dijo, en esa irritante forma de la vanidad que suele ser la modestia— que otros podrían haber cumplido mejor el encargo; y que si me han elegido a mí es porque no tenían otro a mano; o también, porque habrán deducido, en vista de la remuneración de las clases, que les resultaría más barato. Vaya uno a saber...

\* \* \*

Bien, sigamos con lo que importa.

Se percibe en el estilo y también en su letra —soy algo grafólogo, como casi todo el mundo— que el joven de Valdouro<sup>2</sup> era persona de gran complejidad vital, y que su mo-

---

<sup>1</sup> Dicho de una persona cuando ostenta un título o cargo que no ejerce en realidad.

<sup>2</sup> El apellido del protagonista se relaciona, obviamente, con la ciudad que sirve de marco a su peripecia. Si Auria, como se ha apuntado en la «Introducción», remite a «áureo», el apellido vendría a significar «Valle del Oro».

alidad literaria guardaba estrecha relación, tan infrecuente en los escritores profesionales, con su ser enterizo.

Quizás esta evidente relación se originase en no haber sido el malogrado polígrafo —pues por tal hemos de tenerlo— lo que propiamente se llama un escritor profesional, ya que él mismo era millonario por cuantiosa herencia que aquí, en la Argentina, le dejaron unos tíos, o algo así. Y lo que diferencia, según se sabe, en el vasto campo de las Artes, a un profesional de un aficionado, es el grado de sinceridad que este pone en ejercitarlas; o, como diríamos en el fastidioso lenguaje de cátedra, la relación vida-quehacer<sup>3</sup>.

En este caso, me parece decisiva, y quién sabe no le venga de ahí al señor de Valdouro su inclinación a relatar en primera persona buscando una verosimilitud que parecía serle imprescindible para *sentirse* en lo que escribía. También es presumible que con ello tratase de *descargarse* de los diversos aspectos de su *yo* real, o *encarnarse* en posibles *yoes*, a través de variantes pseudoautobiográficas —caray con la palabreja— de su personalidad potencial, transferida a sus personajes de invención.

Por lo antedicho, el conocimiento personal me hubiera sido indispensable para poder garantizar, al menos en cierta medida, la legitimidad de estas restauraciones; y más aún, faltándome, como me falta, la autoridad del escritor profesional. Pero como, por lo visto, este mozo tan irremediabilmente literato no tenía amigos escritores —tal vez por serlo él tan irremediabilmente— ha de verse ahora sometido a la póstuma humillación de ser adivinado, interpretado y enmendado por un profesor de Literatura, ¡qué le vamos a hacer!

Yo, vuelvo a decirlo, trabajé a conciencia, lo mejor que supe y pude, a veces con exceso de tolerancia en su favor; o sea, sofrenando mis escrúpulos gramaticales y mi connatural

---

<sup>3</sup> Más allá de la disquisición teórica, ya muy superada, entre vida y literatura, Blanco-Amor ironiza con la filiación autobiográfica que la crítica quiso buscar en su producción narrativa.



respeto a las formas lógicas del lenguaje, que es lo más que un profesor puede hacer por un escritor de raza, y este, sin duda, lo era. Lo era, pese a sus licencias morfológicas, y tal vez a causa de ellas, si es que las Musas me perdonan este dislate.

Procedía así, no por ningún género de personal complacencia con dichas transgresiones, sino por la creciente e involuntaria simpatía que me iba llegando de sus escritos a medida que penetraba en ellos; una de las escasas veces que esto me ocurre con escritores contemporáneos. Y, asimismo, por la persuasión de que lo que dice *a su modo* no podría decirse de otro, aunque pareciese más consecuente con lo que llamamos lenguaje *correcto*, sin saber bien qué queremos decir, como no sea aburrimiento. Precisamente, el hecho de que un escritor haya sido capaz de arrastrarme a estos desacatos es lo que me hizo sentir que se trataba de un escritor de *raza*, sin saber tampoco qué es lo que quiero decir con denominación tan vaga y caprichosa.

\* \* \*

Dejó más de treinta trabajos inéditos en prosa y —¡cuándo no!— en verso. Estos últimos de valor dispar y extensión muy variada: cuadernos llenos de estrofas, sin relación entre sí; algunos versos con las rimas sin resolver, y otros con tres o cuatro, como para una fijación definitiva. También se hallaron unos pliegos garabateados con series de apuntes de grave —a veces, terrible— condición aforística, impropios de su edad y fortuna, aunque de algún modo justificados por la muerte que tuvo. Y, finalmente, una «Reflexión sobre el asesinato», con partes crudamente apologéticas, aunque llenas de habilidosos sofismas, trazados, al parecer, con el más ardoroso y personal apasionamiento. Y entre lo más inacabado, aparecieron cuatro novelas o cosa semejante —algunas no habría modo de clasificarlas dentro del género, aun con mucha manga ancha—, y tres

bocetos de *filosofía*, más válidos por el estilo que por el mérito o novedad de los conceptos; circunstancia que los acerca a mucha de la escritura filosófica actual... creo yo, pues esa no es mi cuerda.

\* \* \*

He ahí todo lo que tengo para decir en este *prólogo* que también me encomiendan, y malpagan, los millonarios. Por suerte, no lo verán hasta que sea irreparable.

En mi opinión, pudo haberse ahorrado, pues a decir verdad... Lo demás que tendría que decirse y que, aun escrito por mí, podría resultar provechoso, a saber: la forma real o la presunta *realidad* de su vida; lo que se sabe de su rastro existencial, coherente o no desde una comunal justipreciación, eso es lo que sus amigos ignoran, lo que no han querido decirme o lo que no quieren que se publique, a pesar de que el joven de Valdouro no dejó en este país deudas o parientes que pudieran, hipócritamente o no, escandalizarse, de haber motivos para ello, y la inducción lleva a suponer que los hubo.

Porque, señores, yo pienso que cuando alguien es físicamente sano —era muy buen deportista—, hermoso —no hay más que ver sus retratos—, inteligente —ahí están sus escritos—, amado obstinadamente —basta con espigar en su epistolario—, y, además, rico, y se mata a los treinta años sin ninguna razón aparente, su vida —¡qué duda cabe!— tiene que haber sido por lo menos tan interesante como sus obras y tal vez la única base presumible de las obras mismas. Ni qué decir tiene que este sería su más alto valor testimonial para hallar los puntos de deslinde o juntura entre su realidad y la relatividad de sus ficciones.

¿En cuál de sus personajes está él? ¿En cuántas de estas vidas se fragmenta su ser auténtico, su ser rechazado o su ser idealizado?

He aquí lo que podría resultarnos interesante ya que, en cierto modo, un hombre es la medida de todos.

Lo demás, las divagaciones sobre el estilo, su apreciación desde una estimativa del momento, las posibles influencias voluntarias o de impregnación, etc., toda esa faramalla<sup>4</sup>, mostrenca y ruidosa, la dejo intacta para los críticos, esos forzados —tan pocas veces esforzados— del jornal o de la colaboración, puesto que de ello «viven y se arrean», como decía la maestra Celestina<sup>5</sup>.

Yo, bueno o malo —más bien malo—, soy un profesor que conoce sus propias limitaciones, nada menos. Por otra parte, para la miseria que me van a pagar los ricos...

Buenos Aires, 1961

---

<sup>4</sup> Según el *DLE*, «charla artificiosa encaminada a engañar».

<sup>5</sup> Cita no literal.



## Capítulo primero

Antes de cumplir los nueve<sup>6</sup> años, la prima Rosa Andrea se había tirado desde una ventana de la casa de aperos a una era de losas; su hermano Diego, dos años mayor, había disparado una escopeta *de verdad*, con pólvora y municiones, y Roque, el de los parientes Lois, que por ahí se andaba pero que parecía de más edad por las cosas que hacía, se había dejado caer al pozo del jardín.

Todo ello ocurrió en las primeras vacaciones que estuvieron todos ellos juntos, durante todo el verano, o sea el año en que el tribunal me puso definitivamente bajo la custodia de la abuela.

Claro que la primita se había dejado caer sobre la paja de la trilla, y que Diego soltó el disparo mirando hacia otro lado mientras apretaba el gatillo; en cuanto a Roque Lois, se había echado al pozo, según luego se supo, cogido a la cuerda de la roldana, sabiendo que estaba casi cegado y que bajo el verdín apenas había un palmo de agua llovediza

---

<sup>6</sup> Resulta curioso observar cómo en el manuscrito autógrafo de *Los miedos*, conservado, como queda dicho, en la FEBA, el novelista tacha, hasta en dos ocasiones, la edad de su protagonista. La pulsión inicial le hace imaginarlo con «siete» años, después con «ocho», hasta los definitivos «nueve» que, obviamente, le permitían una mayor capacidad de observación y una mayor madurez interpretativa de los hechos y personas que le rodeaban.

(aunque él juraba y perjuraba que creía que estaba lleno, que de otro modo no se hubiese tirado, pero el pariente Lois nunca se sabía cuándo decía la verdad)<sup>7</sup>.

El caso es que todos habían hecho lo suyo, estas y otras cosas. Lo habían hecho para asustar, que era nuestra única manera de sentirnos importantes, casi diría de sentirnos vivir: la primera con su larga desaparición y cuando, al fin, la encontraron, con su desvanecimiento tan bien imitado que parecía de persona mayor; Diego con el disparón, como de trabuco, que lo sacudió todo, al mismísimo tiempo que entraba por la puerta de la casona el señor obispo, sudado y con cara de mal humor, llegando de la ciudad, en su anual visita conmovedora, para la fiesta —y la comida<sup>8</sup>— patronal; y el estrafalario Lois, con sus berridos, al atardecer, como de animal degollado, desde aquella hondura, que llegaron por el aire hasta la saleta donde se rezaba el rosario —¡todos los días, santo Dios!— llevado militarmente por la abuela Zoe.

La abuela tomaba tan a pecho la asistencia de todos al rosario —¡aquel aburrimiento!— que, después de un tiempo de hacernos ir también a los chicos, pescándonos uno a uno donde estuviésemos, terminó por renunciar, pues era más el tiempo que tardaba en juntarnos que el de los rezos; de tal modo renunció, que lo primero que hacía luego era cerciorarse de si había allí chiquillos que estorbasen (porque desde que nos prohibió ir siempre trataba de colarse alguno) con su remejarse<sup>9</sup>, su reírse por lo bajo y su roer cosas, generalmente castañas secas, que no nos gustaban pero que las llevábamos para eso.

---

<sup>7</sup> Este inicio de novela llama la atención porque supone una especie de declaración de principios sobre cuál ha de ser la postura del lector ante lo que prosigue: nada es lo que parece, al menos inicialmente, en todo el relato que está por venir.

<sup>8</sup> Constituyen marca de estilo estas aposiciones, a menudo irónicas, que funcionan como *apartes* teatrales.

<sup>9</sup> Revolverse.

Sí, yo era el único que no había hecho nada, ni en aquellas primeras vacaciones, en que habíamos estado todos juntos, ni en las otras que siguieron. Por lo cual Lois, que siempre las tenía conmigo, me llamaba «caganas» y «mantequitas» y algunas veces también «mantecoso»<sup>10</sup>. ¡Imbécil!, seguramente lo hacía por envidia, porque era más gordo que él.

Bueno, no había hecho nada para los demás, pero para mí sí había hecho bastantes cosas. No podían contarse porque no dieron resultado; es decir, no llegaron bien al final, de un modo que los demás se enterasen sin tener que contarle yo, que eso no tenía mérito, pues también podían ser mentiras.

Las cosas fueron estas: me puse una cuerda al pescuezo, pero, al dar la patada al banco para quedar colgado, el nudo corrió mal y solo me hice una pequeña desolladura en la barbilla; pues el nudo, claro, pasaba por la barbilla. Otro día me puse a ver cuánto aguantaba sin respirar; yo sabía de algunos (me lo habían dicho en la escuela) que aguantaron hasta caerse.

Era en el gabinete de la tía María Cleofás, frente el espejo. Me fui poniendo encarnado, encarnado... y cuando empezaba a marearme me puse a gritar «¡que me ahogo!», porque me pareció que ya nunca más podría volver a meter el aire en el pecho; pero, como en ese momento no había nadie por allí, fue como si no gritase...

Otra vez comí fósforos de los de cabeza roja, pues los negros ya se sabe que no hacen nada. Solo comí cinco, pero, además del asco terrible, ya después del tercero lo único que conseguí fue aquel sabor asqueroso que no me dejó cenar y el dolor de barriga que me vino luego.

Total, nada... y lo peor fue que, además de ser nada, tuve que inventar disculpas cobardes para la desolladura, para las náuseas y para la tía Cleofás a quien la criada Obdulia,

---

<sup>10</sup> Suave, blando.

aquella soplona, había ido a decir que me había visto estar en su gabinete «revolviendo».

¿Qué podía hacer yo? Resultaba claro, ya lo dije, que los chicos que nos reuníamos lo más del verano (yo el verano entero) en la finca de la abuela, no existíamos o existíamos mucho menos que en la ciudad. Para que se nos tomase en cuenta, salvo a las horas de tener que dormir sin sueño o de tragar todo lo que se les ocurría, aunque no tuviésemos hambre, no nos quedaba otro remedio que hacer cosas de susto, de preocupación, de miedo, y naturalmente no se pueden hacer cosas de miedo para los demás sin tener que apechugar con el miedo uno mismo. Si no hacíamos esto es como si no estuviésemos allí.

Los mayores iban y venían por la casona, por el jardín, por la viña, hablando sin parar unos con otros, como si les estuviese prohibido quedarse callados; o paseaban en coche, o a pie, cuando los paseos eran cortos, por la carretera nueva o por los montes y senderos, casi siempre sin ir a ninguna parte, nada más que por andar, que a mí aquello siempre me pareció una idiotéz.

De pronto se paraban, con la vista fija a lo lejos, admirándose mucho de no se sabía qué, todos con las manos en visera sobre los ojos, aunque no hiciese sol. También daban cabezada de saludo, sonriendo, cuando pasaban otras personas importantes que veraneaban o vivían todo el año en fincas de la comarca. Las cabezadas eran más lentas y ostensibles con los que vivían en casas sillares y con escudo, como la nuestra, y menos acentuadas para los que vivían en fincas de labranza. Asimismo, reparaba yo que con los primeros no se hablaba de cosechas (la abuela era muy entendida) y con los otros sí, vaya uno a saber por qué...

Cuando llegaba un visitante o un huésped nuevo, daban siempre los mismos paseos, repartían otras cabezadas y sonrisas con los que se cruzaban, y se admiraban del mismo modo mirando a lo lejos, como si cada vez fuese la primera que veían las mismas cosas.



Y no se diga cuando los paseos eran a sitios lejanos, como al tristísimo monasterio, vacío, plagado de hierbajos y lagartijas (a veces lagartos enormes, de dos rabos); al castillo, un montón de piedras sucias, o a los altos de Castrechoído desde donde «se veía el mar», pero tan de lejos que lo mismo podía ser el mar que otra cosa cualquiera. A mí siempre me parecía el cielo, un poco más abajo y algo más brillante, pero ellos aseguraban que era el mar, y como uno no podía decir nada... Y se ponían las manos en la frente, dando cabezadas unos hacia otros, como si el mar solo ocurriese allí, en aquel instante, y solo para ellos; como si fuese la cosa más difícil de encontrar y de ver. ¡Vaya un mar! Yo no lo había visto nunca, pero me parecía que no tenía que ser cosa de enseñarse así, casi como secreto para que los demás lo adivinasen. El primo Diego, que lo había visto, decía que no era.

—¿Ve usted aquello?

—No.

—Haga un esfuerzo... Allá, a la derecha, aquel resplandor...

—Ah, sí...

—¿Qué se le figura?

—No sé.

—¡Pues es el mar!

—¡Ah!

Y para tales hazañas había que ir en los viejos coches rechiantes, tragando polvo, quietos cada uno en su sitio, sin dejarnos siquiera encaramar al pescante, cuando bajábamos, sin extraños, a la villa o en el largo viaje a A...<sup>11</sup> a hacer compras con la abuela o con la tía María Cleofás, sentados junto al Rúas o al Barrigas, los cocheros, siempre tan alegres, con sus carotas llenas de risa y sus denuestos por lo bajo.

—Barrigas, que te voy oyendo...

—No sé qué me ha de oír, madama Zoe...

---

<sup>11</sup> La mayor parte de las ocasiones en que haya cita explícita de la ciudad el narrador opta por su inicial, aunque la regla no se mantiene en todos los casos.

—¡Tengo dicho!

—¡Pero si no fue juramento...!

—Como si lo fuese, que no soy sorda.

—Pues las bestias no tiran con gloriaspatris...

Y, efectivamente, los caballos sin el estímulo de las palabrotas sujetaban la andadura aunque hablase la tralla, esa era la verdad.

\* \* \*

Fue en uno de los primeros paseos de aquel año cuando me vino de repente la gana de adelantarme a los demás y hacer, allí mismo, algo serio, algo que le contasen a Lois no bien llegase, que sería dentro de muy poco. Allí mismo, con los mayores tan allí que ni moverse podía entre ellos; mejor dicho, ellas.

Iban con nosotros, en el coche de la abuela, las Presamarcos, o sea la condesa y su hija. Era una condesa tronada, todo el mundo lo sabía, sin un cuarto, pero que conservaba un palacio en la ciudad —¡vaya un palacio!, un casecón destartalado, y gracias—; un coche con unos pencos huesudos que se caían y unos criados gruñones que no cobraban desde hacía no sé cuánto, y que no se le iban porque, como eran tan viejos, no los quería nadie.

Pero el ser o no invitados por la condesa en sus días de recibo era tanto como figurar o no en la sociedad de A... ¡Valiente sociedad! Yo creo que nosotros éramos los únicos que no reformábamos la ropa y que comíamos bien. (Eso aseguraban las criadas, que lo sabrían por el mercado, digo yo). Y no solo por lo que le rentaban las tierras a la abuela, que no era para tanto, pues despilfarraba mucho, sino gracias a los tíos Andrés y José María, y antes de ellos a mi abuelo. Todos habían muerto en las Américas (la abuela no había querido ir nunca) y dejaron allí unas empresas de no sé qué, que mandaban dinero cada seis meses, en monedas de oro, según se rumoreaba.

La condesa y la hija tenían verrugas color chocolate en los mismos sitios de la cara, lo que resultaba bastante cómico. Parecían de la misma edad, solo que la hija parecía más disfrazada de vieja porque se pintaba, por cierto tan mal que la apodaban «la Varcárcel», que era un pintor de puertas de A...

La hija se llamaba Ildaura —¡vaya un nombre!—, y era alta, seca de modales y hombruna, a pesar de ser gorda y muy blanca. A mí me resultaba simpática, a veces, porque no daba cabezadas, apenas saludaba y no miraba hipócritamente a lo lejos admirándose, ¡algo bueno había de tener!...

Esa tarde que digo iba muy fastidiada, no sé por qué, y todo se la volvía ponerse bien el sombrero, un montón de gasas con tres golondrinas, que el viento le torcía siempre hacia el mismo lado.

Doña Genoveva, la condesa, iba hablando, sin parar, con mi abuela. Lo hacía siempre, en un tono superior y, a veces, como si la riñese.

—De eso ni palabra, Zoe. El tacto jamás ha sido tu fuerte.

—En cambio ha sido tu flaco.

—¡Más vale tener que desear! Lo que te digo es que, por todo lo que te he dicho, la gente terminará por apartarse de tu salón.

—Yo no tengo salón, no seas cursi...

—Tienes la mejor casa de A..., y el hecho de que la lles mal...

—¿Qué tiene eso que ver con lo que tú llamas salón? ¿Qué es un salón? ¿Una sala grande con cosas inútiles o ese cotilleo de figurones y malas lenguas que tú armas los viernes... para darles chocolate con agua?

—¡Zoe!

—Y con bizcochos caseros, que apestan a rancio. ¿Por qué no le compras la mantequilla al maragato<sup>12</sup>, como toda persona que se estima? Por ahí deberías empezar.

---

<sup>12</sup> Dícese de quien procede de la Maragatería, comarca de León.

La condesa calló un momento como desorientada.

—No hay forma de hablar contigo. ¿Crees que es una gracia cultivar lo pintoresco?

—Yo cultivo maíz, Genoveva.

—Te estoy aconsejando.

—Echas agua a la mar.

—Aunque así sea, es de mi obligación. Ya sabes que te quiero bien.

—Pues quiéreme menos y rebaja los consejos.

—¡No hay quien te aguante!

—Vaya una novedad... ¡No me aguanto yo...!

Se cruzó con nosotros el párroco nuevo de Ribavales, joven, basto y guapote, montado en su gigantesco animal, muy de escopeta terciada a la bandolera, la correa nueva y amarilla, y una ristra de perdices, seis u ocho, colgadas del arzón. Se nos apareó un momento volviendo riendas, y la vieja Presamarcos le besó la mano.

—Excelente puntería, a lo que parece.

—No se hace mal, señora condesa. Buenas tardes, doña Zoe.

—Ya podías respetar la veda, Graciano.

—Soy amigo del sargento.

—Ayer oí cerca tus escopetazos.

—Sí, anduve por allá.

—No sé qué es *allá*, pero, como en mis tierras no mandan sargentos, el Barrabás chico tiene orden de encaminarle una perdigonada al que cruce mis marcos. Y algo más, si lo pesca muros adentro.

—Usted siempre tan amable...

—Pon al galope, Barrigas, que se viene la noche.

—Ustedes sigan bien.

La Presamarcos se abanicaba con agitación. Ilduara no se había movido más que para saludar al cura con una inclinación de la pajarera.

—¡Deja tranquilo ese *pay-pay*, Genoveva! No hace tanto calor; además me marea.

—Careces de tacto social hasta el punto más lamentable...

—¿Pero es que ahora le llamas tacto a besarle la mano a ese lardoso?<sup>13</sup>.

—¡Qué escena, Dios mío, qué disgusto! De haber estado más cerca hubiese regresado a pie.

—No es tan lejos —la condesa la miró duramente—. Además, no te preocupes. Me conoce bien el hijo del tío Carrizo... y no es cosa de haberlo tenido, como lo tuve, diez años papando latines y pan blanco en el seminario, para que venga ahora a destriparme las perdices... y en tiempo de veda, ¡no faltaría más!

—Zoe, pongamos las cosas en su punto de una vez para siempre; parece que la invitases a una con el solo objeto de humillarla a una.

Ilduara se volvió hacia ella por primera vez, como si no hubiera oído nada hasta ese momento.

—Bien mirado, yo no te invité, Genoveva.

—¡Para, Barrigas! —el cochero no hizo el menor caso, y la vieja, medio levantada del asiento, alborotó—: ¿Qué quieres sugerir?

La abuela comprendió que había ido demasiado lejos y recogió velas. En realidad siempre decía atrocidades sin darles importancia, como si estuviese desatendida de lo que se hablaba. Añadió con todo conciliador:

—Quiero decir que tú no necesitas ser invitada para ir y venir cuando se te antoje y estar todo el tiempo que te dé la gana —y, cambiando de tono—: ¡Lo que pasa es que me sulfuras, Genoveva...! Siempre te sobran palabras. Pareces una gotera o un gozne oxidado...

—Pues déjame hablar de una vez.

—¡Si no hago otra cosa!, pero el escucharte ya no depende de mí.

—Acepto de buen grado tus explicaciones.

---

<sup>13</sup> Grasiento, pringoso.